



LA RELACIÓN DEL PSICÓTICO CON LA REALIDAD EN ALGUNOS

TEXTOS DE FREUD Y LACAN

Alejandra Jaramillo Aristizábal.¹

En un momento avanzado de la formalización freudiana, una vez introducida la cuestión de la perturbación psicótica y vislumbrada ya una diferencia estructural entre ésta y la neurosis, llega Freud a la pregunta por la diferencia genética entre ambas perturbaciones.

Pone como base de tal distinción el vínculo que en cada una de ellas el sujeto presenta con la realidad, no sin señalar lo problemática que resulta en sí mismo el concepto de realidad, pues no se emplea como homónimo de realidad exterior sino más bien de realidad psíquica. Es en ese sentido que en *Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico* (1993/1911) Freud aclara que el objetivo de la indagación psicoanalítica respecto al nexo del hombre con el mundo exterior es relevante en cuanto permite elucidar el significado psicológico que ella tiene para el sujeto, pues como afirma en un planteamiento, podría decirse kantiano, lo real-objetivo permanece siempre «no discernible», y sólo logramos saber de ello a través de esa *episteme* que es el lenguaje mismo y

¹ Estudiantes de Psicología de la Universidad de Antioquia. Dirección electrónica: aleja_aristy@hotmail.com.



que nos permite ordenar y hacer comprensible nuestra experiencia del mundo. Incluso, dice Freud, los esfuerzos de la ciencia chocan siempre contra esa barrera:

Pero a este mismo [estado de cosas objetivo] no esperamos poder alcanzarlo, pues vemos que a todo lo nuevo por nosotros deducido estamos precisados a traducirlo, a su turno, al lenguaje de nuestras percepciones, del que nunca podemos liberarnos [...] La ganancia que el trabajo científico produce respecto de nuestras percepciones sensoriales primarias consiste en la intelección de nexos y relaciones de dependencia que están presentes en el mundo exterior, que en el mundo interior de nuestro pensar pueden ser reproducidos o espejados de alguna manera confiable, y cuya noticia nos habilita para «comprender» algo en el mundo exterior, preverlo y, si es posible, modificarlo. (Freud, 1993/1940)

¿En qué consiste pues esa diferencia fundamental entre la psicosis y la neurosis en los nexos del hombre con la realidad? En un primer momento, (Neurosis y psicosis, 1924) Freud la explica desde el punto de vista tópico, llegando a la fórmula simplificada de que la realidad se vería en cada caso



afectada por un conflicto entre dos instancias psíquicas: el yo y el ello en las neurosis de transferencia; el yo y el superyó en las neurosis narcisista; y entre el yo y el mundo exterior en la psicosis. Lo que sugiere en el texto es que se llegaría a estados patológicos cada que en esas diversas luchas del yo con otra de las instancias psíquicas fuese el yo el que resultara vencido.

En su texto *La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis* de 1924, Freud precisa algunos de sus planteamientos anteriores y señala el hecho importante de que, aunque parecería que en la neurosis el vínculo con la realidad permanece inalterado, sí se encuentra alterado aunque en un grado mucho menor que en la psicosis. Para él ambas perturbaciones expresarían la rebelión del ello contra las exigencias (apremio) de la realidad.

En la neurosis, si bien lo que aparecería en un comienzo sería el yo, al servicio de la realidad exterior, reprimiendo una moción pulsional inconciliable, tal estado no constituiría aún la manifestación neurótica, pues la enfermedad propiamente dicha sería el proceso que buscaría resarcir a los sectores perjudicados del ello, consintiendo un aflojamiento de los nexos con la realidad o bien la huída de aquella parte de la ésta que hubiese provocado su estallido. En la psicosis en cambio, lo que aparecería en un primer momento



sería un desgarramiento radical de los vínculos del yo con la realidad, seguido por una segunda etapa en que se haría un intento de restitución, pero no a expensas de una limitación del ello sino mediante la creación de una nueva realidad. También acá llega Freud a una fórmula simplificada:

En la neurosis se evita, al modo de una huida, un fragmento de la realidad, mientras que en la psicosis se lo reconstruye. Dicho de otro modo (...) la neurosis no desmiente la realidad, se limita a no querer saber nada de ella; la psicosis la desmiente y procura sustituirla. (Freud, 1993/1924.)

Hasta acá encontramos en Freud la distinción en el modo en que se manifiestan esas dos perturbaciones en el momento en que ellas sobrevienen, queda pues la pregunta por aquella condición que posibilita tales desenlaces, vale decir, que ante una frustración o el desengaño con el mundo real el sujeto deshaga sus vínculos con éste de manera parcial, tal como aparece en la neurosis, o lo lleve a cabo de modo más global como se evidencia en las perturbaciones psicóticas.

Para responderla, es preciso remontarse a su obra anterior *Introducción al narcisismo* de 1914 donde explica las relaciones entre el yo y los objetos externos,



a la luz de una distinción entre dos clases de libido: la yoica y la de objeto. Afirma que en el inicio de la historia del sujeto, ambos tipos de energía coinciden en el interior del yo, y que sólo más tarde, cuando el sujeto se ve compelido por la exigencia de sus necesidades internas a representarse las constelaciones del mundo exterior, es enviado al exterior un monto de energía (libido de objeto) que al investir los objetos del afuera, los hace existir para el sujeto.

En ese trabajo Freud aborda otro nivel de la distinción existente entre neurosis y psicosis en cuanto a los vínculos del sujeto con la realidad. Aquí la diferencia fundamental está en el destino ulterior de la libido tras haber experimentado una frustración en la realidad que obliga a que ella se retire de los objetos reales del mundo exterior. En el caso de la neurosis el empleo de la libido sería su introversión sobre las formaciones de fantasía, de modo que se conservaría la libido de objeto, sólo que ahora no anudada a los objetos reales en el mundo exterior, sino a los objetos fantaseados; entretanto, en las parafrenias (aún no empleaba Freud el término de psicosis) la libido que había sido puesta en los objetos retornaría al interior del yo, haciendo coincidir sujeto y objeto, tal como en el estado inicial de narcisismo primitivo antes de que el sujeto se viera forzado a representarse las constelaciones del mundo exterior. La



condición necesaria para que este último destino sea posible, según Freud, es que los vínculos que el sujeto haya logrado establecer con los objetos exteriores (libido de objeto) tengan escasa resistencia, como si nunca se hubiera podido salir definitivamente del narcisismo primitivo en el que el yo (incluido el cuidado de la pareja materna aún no diferenciada del yo) se bastaba a sí mismo para su propia satisfacción.

Freud avanza aún más en el esclarecimiento de la distinción entre neurosis y psicosis, al punto de sugerir que no sería el mismo mecanismo el que operaría en ambas, pero es precisa la lectura que hace Lacan de su obra para comprender qué es lo que ocurre con la persona en el orden de su estructuración como sujeto, de modo que no logra llevar a cabo su diferenciación respecto de su otro especular, e inscribirse, en tanto sujeto en falta, en la dimensión del deseo que lo impulsaría a lanzarse al mundo en busca del reencuentro con el objeto perdido de su satisfacción esencial.

¿Podríamos hablar entonces de elección de objeto en los sujetos psicóticos o se trataría tan sólo de identificaciones? ¿Cómo es la relación del psicótico con el mundo de los objetos? ¿Qué hace posible que el sujeto tenga durante tanto tiempo una relación aparentemente normal con el mundo exterior



y qué clase de eventos son los que desencadenan el desasimiento de los lazos con la realidad característicos de la perturbación psicótica?

Todas esas preguntas son las que vamos a poder responder con ayuda del aporte lacaniano, pues su relectura de las formalizaciones freudianas sobre la psicosis, a la luz de los tres registros en que se inscribe lo humano, a saber, real, simbólico e imaginario, ampliará en gran medida la comprensión de estas perturbaciones.

En primer lugar, es importante señalar una distinción fundamental entre lo humano y lo animal, retomada de Freud por Lacan y que permite comprender el modo en que el hombre estructura la realidad. Se trata de que, a diferencia del mundo animal, en el mundo humano, TODO, hasta lo natural de las necesidades orgánicas, está permeado por el orden significante:

En el ser humano las significaciones más cercanas a la necesidad, las significaciones relativas a la inserción más animal en el medio circundante en tanto nutritivo y en tanto cautivante, las significaciones primordiales están sometidas, en su sucesión e instauración mismas, a leyes que son las del significante. (Lacan, J. 1956)



El orden significativo, que constituye la dimensión simbólica, sería pues aquello que permite al sujeto acceder a una estructura humanizada de lo real, es decir, aquello que facilita al hombre ordenar de algún modo ese mundo disperso y caótico en el que habita. En la historia de desarrollo del niño el paso por el Edipo lograría ingresarlo a esa estructura:

(...) para que haya realidad, para que el acceso a la realidad sea suficiente, para que el sentimiento de realidad sea un justo guía, para que la realidad no sea lo que es en la psicosis, es necesario que el complejo de Edipo haya sido vivido. Sin embargo sólo podemos articular este complejo, su cristalización triangular, sus diversas modalidades y consecuencias, su crisis terminal, llamada su declinar, sancionada por la introducción del sujeto en una nueva dimensión, en la medida en que el sujeto es a la vez el mismo, y los otros dos participantes (...) Hay allí pues intersubjetividad y organización dialéctica. Esto es impensable, a menos que el campo que delimitamos con el nombre de Edipo tenga una estructura simbólica. (Lacan, J. 1956)

Es pues la salida de la experiencia edípica, con la intervención de un tercero, el Otro que representa la ley, que el sujeto sumido en la dimensión



simbólica se vería obligado a empezar a buscar sus objetos de amor por fuera de esa primera relación diádica. Es al renunciar a la posición de *ser el falo para el otro*, cuando cae el sujeto en tanto objeto esencial del otro, y se pone de manifiesto que éste está en falta, la cual evidencia la propia falta del sujeto en tanto éste se constituye a sí mismo a partir de la imagen refleja brindada por el otro. Es sólo en ese momento que se abre para el sujeto la dimensión del deseo:

En el origen él [el sujeto humano] es una colección incoherente de deseos -éste es el verdadero sentido de la expresión cuerpo fragmentado- y la primera síntesis del ego es esencialmente alter ego, está alienada. El sujeto humano deseante se constituye en torno a un centro que es el otro en tanto le brinda su unidad, y el primer abordaje que tiene del objeto es el objeto en cuanto objeto del deseo del otro.
(Lacan, J. 1955)

De ese modo sería como se consumaría en la neurosis el complejo de Edipo y el sujeto lograría inscribirse adecuadamente en el orden del deseo, en tanto deseo del Otro. Sin embargo lo que ocurriría en la psicosis sería que algo no fuese completado en el complejo de Edipo de manera que uno de los significantes esenciales del sujeto quedara por fuera de la simbolización. Vemos



pues que la diferencia radical entre la neurosis y la psicosis estaría en la distinción entre algo que fue o algo que NO fue simbolizado, exigiendo este último caso un mecanismo diferente al de la represión.

Lacan se empeña en mostrar que en el inconsciente no está sólo aquello que ha caído bajo la represión, pues para que eso verbalizado haya sido reprimido es preciso que antes hubiese sido admitido. Anterior al proceso de verbalización tendría que haber entonces una *Bejahung* primordial en el sentido de admisión o reconocimiento del orden simbólico, y ese paso sería precisamente el que faltaría en la psicosis: “Puede entonces suceder que algo primordial en lo tocante al ser del sujeto no entre en la simbolización, y sea, no reprimido, sino rechazado” (Lacan, J. 1956). A ese quedar por fuera de simbolización es a lo que se denomina forclusión (*Verwefung*), y que aquello que ha caído bajo esta última experimenta un destino diferente a lo afectado por obra de la represión.

En el caso del estallido neurótico, el sujeto elide (reprime) una parte de su realidad psíquica a nivel del significante, es decir, que éste se disocia de su significación, pero aún así la significación velada sigue circulando por debajo y manifestándose por ejemplo en los síntomas y los lapsus, vale decir, de manera



simbólica. En cambio en el caso de la psicosis, la realidad misma estaría provista de un agujero, pues donde no hubo significante, la verdad de la cosa no puede ser representada, y es en el momento en que se patentiza el agujero, en que la falta se hace sentir en cuanto tal, que el sujeto se desencadena y aquello que había sido rechazado (forcluido) en el orden simbólico, reaparece en lo real. De acuerdo con Lacan, es en ese sentido que Freud es enfático al afirmar en su lectura del caso Schreber que “No era correcto decir que la sensación interiormente sofocada es proyectada hacia afuera; más bien inteligimos que lo cancelado adentro retorna desde afuera” (Freud, S. 1911)

Ahora bien el interrogante que se nos plantea es ¿cómo durante tanto tiempo el sujeto psicótico se las arregla para vivir en aparente normalidad?, y ¿a raíz de qué se desencadenan los fenómenos considerados como patológicos, a saber, el desasimiento de los nexos con la realidad y la posterior construcción del delirio?

Al respecto Lacan señala que pese a los accidentes sobrevenidos en el seno de la *Bejahung* primitiva, del significante forcluido, sujeto intenta estructurarse y ordenar el mundo con aquello que sí ha sido admitido por él, para ubicarse como siendo aproximadamente lo que admitió que era. Para



ilustrar un poco la situación, Lacan se sirve de la metáfora de los seres humanos como taburetes de tres patas que apenas sí logran sostenerse; en los psicóticos una de ellas estaría inicialmente en falta, de modo que aunque logran sostenerse hasta cierto momento, cuando en su vivenciar algo los lleva a confrontarse con ese defecto que ha existido desde siempre, llegan a la sensación de estar al borde del agujero y se sumen en la perplejidad.

Para explicar cómo Schreber se las arregló durante tanto tiempo para compensarse, dice Lacan, que por la falta del significante padre a nivel simbólico, lo único que quedó para él de esa función paterna fue una imagen, que, pese a no estar sostenida por ningún significante, sirvió de modelo, de alienación especular, como punto de enganche para que el sujeto no cayera y lograra permanecer amarrado en el plano imaginario. Ese amarre a nivel imaginario sería entonces la alternativa posible para los sujetos psicóticos:

Esta verdadera desposesión primitiva del significante, será lo que el sujeto tendrá que cargar, y aquello cuya compensación deberá asumir, largamente, en su vida, a través de una serie de identificaciones puramente conformistas a personajes que le darán la impresión de que hay que hacer para ser hombre. Así es como la situación puede



sostenerse largo tiempo; como los psicóticos viven compensados, tienen aparentemente comportamientos ordinarios considerados como normalmente viriles, y, de golpe, Dios sabe por qué, se descompensan. (Lacan, J. 1956).

Ese evento desencadenante, indica luego Lacan, se trata de un encuentro en la realidad con un significante que no ha sido simbolizado y por tanto remite a una significación vacía, de modo que el sujeto, al no poder vincular con nada ese nuevo evento que aparece en lo real, no puede realizar con él mediación simbólica alguna como lo haría un neurótico mediante la negación o la represión y debe en cambio intentar tramitar ese encuentro anonadante a nivel de lo imaginario: “entra en otro modo de mediación (...) que sustituye la mediación simbólica por un pulular, una proliferación imaginaria, en los que se introduce, de manera deformada y profundamente a- simbólica, la señal central de la mediación posible”. (Lacan, J. 1956).

Ese pulular imaginario resulta bien evidente en el caso de Schreber, pues hay una proliferación de identificaciones imaginarias y se fragmentan o multiplican esos otros especulares en los que él se refleja.



Por último, resta saber porqué se produce en la psicosis un extrañamiento tan radical de los nexos con la realidad íntegra del sujeto si lo que está en falta es sólo un significante. Al respecto, Lacan nos recuerda que es precisamente el hecho de que en el orden significante nada está aislado sino siempre en cadena, lo que hace que la falta de un significante haga tambalear el conjunto significante íntegro, hecho que entraña una desestructuración de todo el edificio de la realidad, en tanto que en el mundo humano, ésta está organizada y estructurada a partir de lo simbólico.

Es entonces el hecho de que el ser humano sólo pueda saber de lo real a través de una estructura significante lo que determinaría su vínculo con el mundo exterior, y lo que haría que éste se viera tan radicalmente afectado en los casos en que falla algo en el orden simbólico.



Referencias bibliográficas

Freud, S. (1993). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. 12). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1911).

_____ La pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. 19). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1924).

_____ Esquema del psicoanálisis. Parte III. La ganancia teórica. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. 23). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1938).

LACAN, Jacques. (1955) Seminario 3 Las Psicosis. *Seminario 13* versión digitalizada de la base documental Folio Views (4.2).